



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

DONDE EL ARCO IRIS DE CONVIERTE EN RÍO

Andrés Hurtado García

Niño de cinco años, me desvelaba el misterio de los ríos. No podía entender cómo el agua corría y corría sin acabarse nunca. Mi padre, gran conocedor de montes y de ríos, me decía que éstos nacen en las altas cordilleras, unos en lagunas y otros al escurrirse el musgo. Una vez huí de casa remontando el río cercano, y a los tres días me encontraron casi muerto de hambre y de frío cerca de un páramo. La tragedia familiar fue épica. No descubrí el origen de mi río de infancia, y ahora, después de muchos años de renovada niñez y exploraciones, me resulta imposible aclarar el misterio, porque ríos ya no nacen y cada día se van extinguiendo. Desde entonces, ríos, páramos y yo somos abiertamente cómplices.

Algunos coleccionan joyas, automóviles, chequeras, amores. Yo colecciono ríos, los voy anotando en una libreta especial del alma. Desde los NN, que no figuran en los mapas, hasta los gigantes, de gruesa raya azul, en todos los continentes. Todos fueron cayendo, implacablemente, a mi asedio. El Orinoco y el Amazonas, cuya cercanía y fascinación los hacía más vulnerables. Luego los demás: ríos tintos en sangre e historia, con mucho pedigrí, como el Rin, el Valga, el Danubio, olorosos a gestas napoleónicas y a combates de guerras mundiales. El Mississippi ya había recibido mi visita. Mark Twain de dio vida, la misma que le quitan la facilidad y la felicidad, tan mecánicas y norteamericanas.

El Asia me atraía como el imán al hierro, como el helado al niño, como la droga al vicioso. Ríos de extraña nomenclatura y difícil pronunciación, ríos sagrados como el Ganges y ríos que fluyen disparados de las gargantas del Himalayá me vieron pasar. Ellos traen del blanco mundo de los dioses y de los nirvanas promesas de otras vidas y de otros reinos de felicidad inalcanzable. También el Congo y el Nilo sucumbieron al acoso de mi corazón, ávido de confrontar sus nomadismos con los misterios de la geografía del planeta.

Pero me faltaba uno. Como simples pocetas diseminadas en la sabana me lo describieron mis prosaicos informantes. Su nombre tampoco inspiraba ni alentaba grandes travesías: Caño Cristales. La palabra caño no evoca nada digno para quienes nacimos en las cordilleras; el solo vocablo remueve un reflejo condicionado de fetidez y afines. Pero en el llano y en la selva esa palabra, “caño”, entraña la máxima simbiosis de agua y monte, misterio y vida.

Y preparé mi morral. El avión hace el recorrido inverso de la destrucción: abandona Villa Vicencio, vuela sobre potreros y más potreros que no hace mucho fueron selva, y penetra en los dominios de la reserva de La Macarena: hacia el norte el bosque es cerrado mientras en la parte sur de la serranía los suelos rocosos alimentan matorrales sabaneros. Por doquiera las avanzadas de la “civilización” asestan puñaladas a la selva. “Debería llevarse a los hombres para la luna y dejar la tierra quieta durante diez mil años para permitirle regenerarse”, dice el piloto. El hombre entiende.

En el extremo sur de la sierra se levanta el pueblo de La Macarena, a orillas del Guayabero. Allí, Diego Mesa y yo, conocimos a Alfredo Quiroga. Nos llenó la cabeza de historias y cuentos maravillosos sobre la sierra de La Macarena, reserva número uno del planeta Tierra. Historias de



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

tigres que por la noche siguen a los aventureros y a veces se acercan a sus cambuches; cuentos de espantos que trabucan a los viajeros, siempre en noches de luna; las dos clases de puercos salvajes: el manso, que anda en grupos pequeños, y el peligroso, que se desplaza en manadas de hasta doscientos individuos y puede despedazarlo a uno; una pantera negra, muy hermosa; perros salvajes y carniceros en la parte alta de la serranía...

Mi corazón vibraba con fuerza. Yo soy extranjero en las ciudades, mi mundo son los grandes espacios abiertos donde se copula con el silencio y la alta noche. En canoa descendimos el Guayabero. Éste río nace en la cordillera oriental y recoge aguas del corredor selvático, ubicado entre la cordillera y la sierra de La Macarena, llamado el Cañón del río Duda, punto de encuentro de tres realidades telúricas: salva, llano y Andes. En los troncos horizontales a ras del agua, dormitan al sol las tortugas, en fila india, en orden estricto de tamaño, las más grandes adelante. Al oír el ruido del motor se lanzan al agua, también en orden, comenzando por las delanteras. El río dibuja una curva tan cerrada que en pocos años romperá la franja más estrecha de tierra y formará una isla. Llegamos a La Cachivera. Dos horas de camino nos separa de Cristales. Y nos fuimos hundiendo en la sabana, bajo el sol violento. Así nos gustan los elementos: fríos extremos, soles bárbaros, los extremos nos hacen sentir vivos y devuelven el placer de las sensaciones. Éstas rocas de La Macarena pertenecen al escudo Guyanés, las rocas más antiguas del planeta. Su fe ígnea de bautismo las hace remontar a mil millones de años. Al pasar acariciamos la Velocia, extraña planta, algo grotesca, que crece sobre las rocas y es una de las rarezas de la reserva. La sabana colinda con la selva, al fondo se ve su límite, nítidamente marcado. Esta línea tiene nombre: Caño Cristales.

Está claro que en boca cerrada no entran grillos ni langostas. Cruzamos tramos de sabanas en los que una invasión de langostas parece toldar el cielo y obliga al viajero a cerrar la boca. No deben tener buen sabor. Demasiadas patas y antenas...

Al atardecer llegamos a casa de Don David López, un boyacense del frío que vino a estos lugares con su señora María, bella y maternal mujer que enriquece los recuerdos de Caño Cristales con bondad y ternura elementales. Allí instalamos la carpa. ¿Y el río? A las cinco de la mañana ya estábamos preparados para el rito. Las brumas, asentadas sobre el caño, comenzaban a desperezarse, y el sol jugaba a los reflejos y hacía piruetas entre ellas. Establecimos para aquellos días una rutina cósmica: levantarnos temprano y acudir al primer encuentro con el río. Bañarse allí no es sumergirse en una piscina de colores; es un rito silencioso de purificación, un bautismo de vida. Y luego, todo el día, adentrarnos en los laberintos del caño hasta llegada la noche. ¿Y la comida? Hemos comido tres veces diarias durante muchos años, de hambre nadie muere: de belleza pura vivir se puede. Damos fe.

Caño Cristales se desprende de la cara oriental de la Sierra de La Macarena en el sector sur; se debió escapar del paraíso terrenal, por la puerta grande, antes de que lo encerraran y sucediera aquello que nos impulsa a buscar edenes perdidos, cordones umbilicales de belleza e inocencia. El río es una sucesión interminable de pocetas, cascadas, chorros, rápidos, entre un lecho y paredes de roca granítica. El agua, que todo lo puede, y el tiempo, que todo lo logra, ha esculpido pocetas y piscinas de todas las formas y tamaños en medio de un caleidoscopio de colores. Aquí el arco iris se convirtió en río: rojo escandaloso como la sangre de los plebeyos, azul como los mares cuando son azules, verde como la vida y también como la envidia (dicen que es



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

verde...), amarillo como los atardeceres indefinibles, negro como la negra noche; el río de los cinco colores. Así lo llamé.

El color rojo se debe a unas plantas, mal llamadas “algas”, y calificadas científicamente como *Macarenia Clavígera* por el biólogo Jesús Idrobo. El río se descuelga dulcemente de la serranía, y remontarlo es tarea obligada; unas veces por el cauce, evitando pisar las plantas, otras por las márgenes selváticas, implorando a los dioses de la manigua no taparse con enjambres de abejas, bastante comunes en la región. Hay parajes en los que el río ha labrado un cauce profundo y se despeña en cascadas de doce metros de altura.

Una noche instalamos la carpa al borde de uno de los cañones; allí el río forma tres cascadas consecutivas. Al amanecer Diego chocó accidentalmente con un enjambre de abejas africanizadas. Cada uno corrió hacia donde pudo y el instinto nos llevó a lanzarnos al agua. Una docena de picaduras fue el trofeo de la aventura. Debimos esperar varias horas hasta que los bichos se clamaron; entonces pudimos regresar a la carpa y seguir marcha arriba, hacia el nacimiento. Las pocetas van siendo cada vez más profundas. El cauce se convierte en un corredor estrecho en el que predomina el color amarillo. La pequeña corriente desaparece en la arena y más arriba vuelve a aparecer. Es un nacimiento misterioso. Así llegamos a la cima de un paredón vertical: a nuestros pies y al fondo veíamos correr el Guayabero. Por la tarde un águila arpía, soberbia y poderosa, llamada “Miquera”, porque se alimenta de los micos que arranca de las copas de los árboles, nos sobrevoló largo rato. El atardecer fue lento y ahogado en densos amarillos y rojos espesos. Aquella noche, encima del farallón, oímos rugir abajo un tigre. Un corrientazo de vida nos recorrió el cuerpo. Al amanecer advertimos que la carpa se erguía en medio de un campo de orquídeas florecidas... al borde del abismo.

Desde entonces el río de los cinco colores, apresado en el estrecho cajón de mi cámara fotográfica, ha navegado por periódicos, libros, revistas y conferencias en todos los continentes. Un río con suerte, porque ríos así, como Caño Cristales, ni nacen todos los días ni existen más en el planeta. Regresamos de él exaltados, como sólo se puede regresar del río más bello de la Tierra.



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359